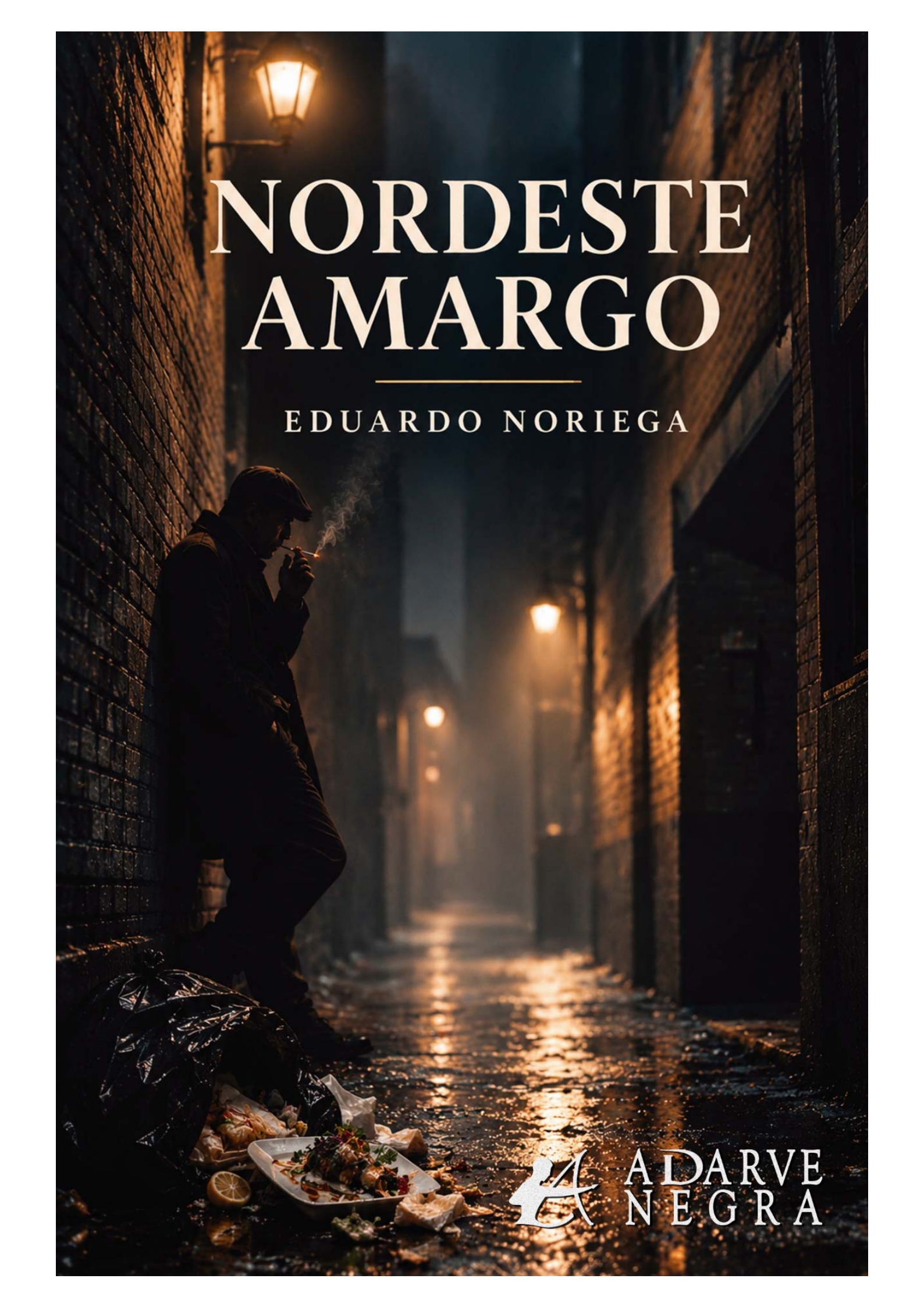




NORDESTE AMARGO

EDUARDO NORIEGA



ADARVE
NEGRA

ÍNDICE

1. NACE UNA ESTRELLA	1
2. INTROITO.....	5
3. NOVEDADES.....	10
4. GANDULEANDO	18
5. ÚNICAMENTE EN ESTE CASO	27
6. NADA COMO UNA BUENA COMIDA.....	34
7. TANTEANDO EL TERRENO	40
8. ORÁCULO POLICIAL	45
9. NADIE MÁS	55
10. TARDE O TEMPRANO, TODO VUELVE	58
11. ORIGEN DE UN LÍO.....	67
12. SEGUNDO ASALTO	77
13. EL ABOGADO.....	80
14. QUÉ CURIOSO ES TODO	90
15. UNA AUTOPSIA, UN SOSPECHOSO	100
16. ESTRATEGIAS	110
17. JUICIO EN COMÚN.....	116
18. AMIGAS Y COMPAÑERAS DE PISO	126
19. DESBANDADA.....	133
20. EN EL CAMINO	140
21. SOLAZ	149
22. ESCONDITE Y SAL	156
23. RONDANDO LA MUERTE	166
24. LO BUENO NUNCA SALE BARATO	177
25. OSCURIDAD Y CALLEJONES.....	183
26. NI UN DÍA SIN SOBRESALTOS	187
27. OSCURA RED	197
28. LA POLICÍA TAMBIÉN TRABAJA	204
29. ELUCUBRACIONES	213
30. SIGUE LLOVIENDO	222
31. DERROTERO HACIA EL VALLE.....	226
32. ENTRE PIEDRAS	237

33. BÚSQUEDAS, CHARLAS Y ENCONTRONAZOS	247
34. EN LA NOCHE	260
35. INTERROGATORIO CON SORPRESA.....	263
36. RUEDO DE PRENSA.....	276
37. TENTATIVAS.....	281
38. ANTES DE QUE TODO EXPLOTE	289
39. NO DIGAS QUE ME CONOCES.....	295
40. MANDAN LAS PATRONAS.....	305
41. ABOGANDO POR ESCAPAR	315
42. LO QUE TIENE QUE SER	325
Epílogo	331
Menú.....	333

1.NACE UNA ESTRELLA

Lugares como este, donde la civilización se gangrena oculta bajo cartones, hablan más por una sociedad que cualquier parlamento. El lado opuesto del edificio, hediendo lujo y pijerío, tal vez sea un sitio nacido para contener terrazas de moda, pero este no. Ni falta que hace.

La pintura se cae a desconchones, como lenguas de gato podridas de lepra. Al otro lado, los ladrillos están enfermos. El metro de pared más cercano al suelo del callejón muere, se desliza, como todo en él, camino del infierno. La barrera que protege la entrada no evita la entrada de la mierda, extendida como un virus. Las cucarachas buscan la altura suficiente para saltar sobre su siguiente víctima, escalando por sobre la mugre. Y hay mucha. Las ratas hacen ostentación de su poder. Pasean desvergonzadas, sus colas dejando surcos en el vómito, sus garras salpicando gotitas en los charcos de orines. Se saben las reinas.

Pero el rey soy yo, aunque no lo reconozcan. Este es mi mundo y mi mundo es eterno, inmutable, presente por doquier, como la maldad en los humanos.

La luz, como todas las viejas, late, zumba. No es un letrero. No es una farola. Está junto a la salida de gases oxidada y el cartelito de la seguridad que no existe. Es el luminoso que anuncia una salida de emergencia. Justo lo que busco, por tenue y tenebroso. A ambos lados, la basura que generan todos los restaurantes y que algunos se empeñan en no cuidar. Este será de los más lujosos pero, a este lado de su universo, alejado de la pulcra y fastuosa portada que tanto impresiona al comensal recién llegado, no hay fasto en cómo tratan sus restos. Solo son los cubos metálicos de siempre, mal cerrados con las tapas metálicas de siempre, rebosando el hedor y la mierda de siempre.

De tanto en tanto aparece algún empleado y trata de minorar la peste. Riegan el piso con manguerazos más bienintencionados que eficaces. Lo único que consiguen es acumular su inmundicia en el rebaje de la calle y junto a la alcantarilla. El agua repta como la sangre fresca y huele igual. ¿Cómo no iba a hacerlo, si la mitad son despojos de carne que algún millonario está devorando ahí al lado a precio de oro?

Ahí estás.

Usas esta topera para salir a escondidas, alejado unas decenas de metros de tu reino, fuera del alcance de ojos indiscretos, a regalarte con tu

dosis de farlopa. Como tantos otros. La gastronomía es un negocio que necesita de ayudas, alegas cuando te afean el vicio. No eres nadie especial, digan lo que digan, escriban lo que escriban. ¿Cómo te llaman? ¿Artista? ¿Vanguardista? ¿Inconformista? ¿Conceptualista? ¡Un parásito, eso es lo que eres!

Ahora subes y regresas, dando la vuelta al edificio. Me ves.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí?

Mejor no responder. Únicamente tengo que mostrarme vulnerable, perdido, necesitado... desprotegido. Así, incluso un gusano como tú se acercará.

—¿No me oyes? O me dices qué coño haces aquí o llamo a la policía. ¡Esto es propiedad particular, es mío! ¡Un mierda como tú no puede estar aquí! ¡Ahuyentarás a los clientes!

—No busco problemas. Solo estoy... descansando.

—¿Descansando? ¿Qué haces al lado de la salida trasera de mi restaurante, tirado en el suelo? Responde, miserable.

—No hago daño a nadie. ¿Dice que esto es un restaurante? Hace dos días que no como. Puedo pagar...

—¿Qué tienes ahí? Eso, en la cadena, ¿es un rubí?

Has picado.

Te aproximas. Más. Vamos. Un poco más. ¡Eso es! Eres como una urraca: lo que brilla atrae tu atención. No es tuya, pero convencido de que es de oro, no puedes evitar coger la cadena. ¡Ladrón!

—¿De dónde has sacado esto? ¿Lo has robado?

—No... Es mío. ¿Puede darme algo de comida, señor?

Eso es. Te ríes. Para ti no soy más que un mendigo de mierda.

—¿Quieres comida? ¿Sabes qué sirvo ahí dentro? Ni fundiendo todo ese oro en monedas podrías pagar una cena en mi restaurante. Mírame. Mira mi cara. ¿No la has visto? ¿No me reconoces? He salido en la primera página de la mitad de los periódicos de este puto país. ¡De todo el mundo! Soy...

El acento italiano solo hace más vomitivas tus palabras. No puedo dejarte acabar. Comenzarías a verter tu porquería ególatra y quedaría manchado con ella. Tengo que mantenerme puro.

El primer golpe impacta con la mandíbula. Este trozo de ladrillo me ha venido de perlas. Casi no sangras, pero logro que te tambalees. Al fin, terminas en el suelo. Eso me da tiempo para levantarme. Desde arriba se ve todo diferente. Tu mandil, antes inmaculado, está ahora sucio de la cochambre de esta callejuela que todo lo cubre. Intentas recuperarte agitando la cabeza, acariciándote la barbilla.

—No te servirá de nada.

—¿Qué haces?! ¿Qué te he hecho yo? Espera...

Una patada, otra vez en la cara. Así callas. Sangras por la nariz. Hace nada entró cocaína, ahora sale el zumo rojo que la nieve contaminó. La siguiente, en el estómago. Con esto te arrebató el aire y, con él, la voz. Saco el martillo. Es un buen ablandador, mayor de lo normal, apto para grandes piezas como esas con las que trabajas. La luz de emergencia se refleja en su cabeza. Lo hace parecer el Mjöltnir del Valhalla del vegetarianismo: mango marrón de madera y cabeza verde, como el césped más rutilante. ¡Y yo soy Thor!

Tu maxilar ya no existe. Tu oreja ya no está. En su lugar, un agujero. Tu pierna derecha sufre de convulsiones. Logro aquietarte con unos cuantos golpes más. La tibia cruje al quebrarse. Tu chaqueta, esa filipina con el bordado de la rosa goteante del logotipo, está más roja que blanca. Las salpicaduras también llegan hasta mí, pero las siento como agua bendita. Debería haberme protegido. Tu sangría es mi renacimiento. Y ya no viertes más estupideces por ese agujero infecto.

—¡*Pobdb favoddd!* No...

Apenas se te entiende. Gruñes más que hablas.

—Tranquilo, no quiero que sufras... Toma, un poco de agua.

Bebe, bebe, maldito.

—¿Reconoces esto? —Del otro bolsillo de la gabardina extraigo el segundo juguete—. Efectivamente, es un cuchillo de chef. Creo que te hará ilusión que finalice con él.

Aún respiras. Lo siento en tu tórax, que asciende y desciende al ritmo de un corazón descarnado y odioso, más débil con cada latido, y en las burbujas que se forman con sangre en lo que antes era un rostro; algunos dicen que hermoso.

Tranquilo. Ya queda poco.

Los primeros desgarrones son nada más que para liberar tu pecho. ¡Estás depilado! Era de esperar en esta cloaca plena de apariencia, maricones y metrosexuales. Mejor, más limpio quedarás. El corte desde el mentón hasta el ombligo es revelador. Muestra tus entrañas, negras, perversas como todo tú. El carmesí continúa exhibiéndose, presumiendo. El esternón requiere un poco más de trabajo, pero el cuchillo es muy bueno, como si fuera tuyo. Eres el cuarto mejor chef del mundo... para algunos.

No tardo nada en llegar hasta el destino de tanta miseria. Ahí queda el símbolo de mi cruzada.

Ya está.

Well done, boy!

Lo sé.

Cuando me marchó, el lugar no parece tan distinto de como era hace solamente media hora. La cochambre sigue adherida a las paredes. Las cucarachas aún conquistan las alturas. La sangre continúa arrastrándose.

Pero yo sé que ha cambiado.

Ahora las ratas están quietas, quizá asustadas.

Me miran.

Han aprendido quién es el rey.

2.INTROITO

Se iba a enterar Eliza cuando la viese.

El hotel que había reservado se parecía a lo que mostraba su página web como un bebé foca a un dragón de tres cabezas, aunque eso no tenía por qué sorprenderle a estas alturas. Era solamente un disgusto más cuya responsable era aquella sanguijuela encargada de las reservas.

Seguía funcionando bien eso de culpabilizar a otros de todo. Dejaba una pátina de satisfacción en su alma, con la que resultaba más sencillo acometer cada día, cada paso, cada puerta, cada esquina. Vivir.

El Golden Tulip Opera de Noailles se encuentra bien situado si acaso él fuese un turista. A escasos doscientos metros del edificio de la Ópera, es un coqueto hotelito que vende casi todos los lujos que puede tener un cuatro estrellas pero que, a la hora de disfrutarlos, quedan en nada más un amago, en un remedo de comodidades. Buen fotógrafo el de la web, sí señor.

El ochenta por ciento de la habitación estaba okupada por la cama, grande en demasía para la soledad de Viriato, con las sábanas tan sobremetidas en su pie que no alcanzaban a taparle el gaznate. La primera noche pasó frío. El septiembre apenas nacido se dejó sentir en París tal que si fuera el asesino diciembre.

El poco espacio libre que restaba se veía cubierto por la eterna moqueta de los hoteles de los cincuenta del siglo pasado, revestida de una modernidad ajena, con dibujos neomodernistas que semejabán un código de barras multicolor. El mobiliario era escaso pero suficiente, aunque incómodo. Una estrecha silla tapizada en un rojo impensable apenas dejaba sitio al culo de Viriato. Recostarse sobre aquel escaso asiento resultaba poco menos que imposible si no eras uno de esos adolescentes anoréxicos que pululan por todas partes. Al intentarlo, quedó constatado como tarea propia de contorsionistas. Recordó sin quererlo cuando su mujer intentaba embutirse en unos pantalones que sabía pequeños para ella, de muchos años atrás, imposibles para sus piernas regordetas, no adaptados a su culito delicioso, bajo y paticorto. Pese a ello, Laura aspiraba a escalar aquella montaña tantas veces que sus rebufos y protestas llegaron a ser para Viriato como el sonido del camión de la basura: algo que sabes que estará ahí cada día, pero a lo que nunca prestas atención y echas en falta cuando no lo sientes.

El único detalle que sintió como amable en la habitación fue su ventana, enorme y amplia y sucia y vieja y raspada por bayetas pretéritas que antaño pretendían su brillo y hoy únicamente aspiraban a quitar las telarañas. Vestía encortinada, escudada por una de esas láminas de metacrilato que en teoría estorban al supuesto suicida que reservase una habitación con la peregrina idea de lanzarse al vacío desde allí. ¡Como si tal cosa pudiera hacer desistir a un amante de la muerte que tuviera verdadera intención de acabar con su vida! Más allá, un patio menudo poblado con arbustos, flores, macetas y sillas. Conformaba un lugar confortable donde tomar un café o un *whisky* o no hacer nada al final del día.

Viriato despertó demasiado temprano, a pesar de que no habían transcurrido ni seis horas desde que se acostó. De sueño real, menos aún. Debía estar haciéndose viejo. El desayuno no comenzaba a servirse hasta media hora después, de manera que encendió el televisor. La cajita de tonterías y famoseos estaba sobre una mesa nimia, a cuyo pie se hallaba la insuficiente silla; otra razón para no sentarse en ella. Fue pasando los canales uno a uno como un zombi, sin pensar en lo que hacía, veía o escuchaba. Ante Viriato se sucedían imágenes a las que no concedía más que unos segundos. Sin pensarlo ni avisarlas, eran desterradas dando paso a las siguientes, que sufrían la misma suerte. Había más de sesenta canales —la primera noche estuvo buscando porno, sin éxito—, así que ese entretenimiento, vago e inane, duró hasta que la luz del día apareció para sacar de sus sueños al último parisino remolón.

Se dio una ducha corta con agua demasiado caliente en aquel baño también menudo, sin espacio para posar sus cosas frente al espejo, sin toallas grandes y sin bañera, un baño *light*.

No había demasiado vaho en el espejo. Apenas unos instantes después de comenzar a presumir con posturitas imbéciles pudo ver su reflejo sin niebla que lo opacase.

Vio un cuerpo de todo menos esbelto que mostraba un orgullo en privado que nunca exhibiría en público. La redondez era la ley: redonda era su tripa, bailona y liberal; redondo era su trasero, formidable, flácido cual ubre de vaca vieja; redondas eran sus manos, hinchadas como guantes de goma soplados tal que globos, con dedos exigüos y flojos; redonda era su cabeza, sin pómulos o mentón que rompieran la norma. Unas patillas excesivas, viejas amigas de tiempos pasados, prolongaban hacia el sur un cabello lacio que aparentaba aceitoso incluso recién lavado. Moreno y agitado, aquel pelo que un día fue melena comenzó su retroceso tiempo atrás, en un proceso que aún no había visto su fin como daban fe los cadá-

veres en el suelo de la ducha en forma de pelos caídos que cada poco atacaban su desagüe. Por un tiempo intentó sin éxito cubrir su coronilla con los restos más vigorosos que todavía aguantaban: un par de tufos a ambos lados, peinados hacia arriba en una suerte de bisoñé que no engañaba a nadie y le hacía sentir extrañamente orgulloso. Hasta que vio a Torrente pasearse por la pantalla. Las comparaciones son odiosas. Pese al privado deseo de parecerse a aquella caricatura de quien toda España se reía, el pudor y el qué dirán terminaron venciendo y desnudando su calva para siempre. La nariz chata y a menudo mocosa se fundía con su rostro entre dos cejas brunas, tan pobladas como yerma estaba su coronilla. Bajo ellas, un par de gotas de carbón brillaban más cuando era el odio o el desprecio lo que las encendía. El resto del tiempo sus ojos se mostraban vivaces e inteligentes, pero pausados, metódicos, alérgicos a todo sentimiento, peligrosos como el camaleón que aguarda a la presa. Su sonrisa, infrecuente como la empatía en un banquero, exhibía dientes irregulares y anodinos, a veces lobunos, cercados por unos labios gruesos, casi femeninos, que avergonzaban de continuo a su dueño. Tan era así que no era raro que cubriese su boca con el pañuelo que siempre iba consigo. Aquel pedazo de tela era una herencia de días pasados que le servía al tiempo para camuflar un aliento que demasiadas veces arrastraba consigo restos de su comida previa. Los pliegues de la edad, vecinos recientes, eran ya petulantes dictadores en frente y sienes, sin que aquello importase un ardite a Viriato. Ni un solo músculo sobresalía de su humanidad. Ni un solo tendón visible sugería ligereza. Ni una sola fibra era perceptible en unas piernas regordetas, envueltas sin distinción por un vello ralo y decreciente, desde la nube rizada de la entrepierna hasta el desierto de los tobillos. Al pasar la toalla por aquella piel lechosa, generosa en granos y rojeces, sintió lo cerca que estaban sus pies de sus manos, tanto que la distancia total desde el suelo hasta la cimera de Viriato Malpaso no alcanzaba el metro setenta, aunque él siempre exagerase respecto a su altura. Amante declarado de la uniformidad, un ramalazo de locura condujo un día a su yo más joven hasta un local con un letrero de caracteres orientales para una depilación integral. El dolor del proceso y la vergüenza del resultado, que lo dejó más semejante a un fofo querubín enrojecido de ciento veinte kilos que al atractivo hombre de inicios de siglo veintiuno que esperaba, hizo que no repitiera jamás. En adelante dejó libertad total a su vello para que creciera a su antojo, impertérrito.

—Estás hecho un chaval —mintió a su reflejo con un guiño y un cómplice golpe de índice.

Mientras se vestía sonó el móvil.

—Un momento. ¡Un momento! ¡Un momentoooo! —gritó Viriato, saltando a la pata coja en el reducido espacio no ocupado por la cama, con una pernera calzada y la otra en las manos. Abandonó la empresa por imposible y alcanzó el móvil arrastrando el pantalón.

—¿Sí?

—Viri, soy Eliza.

—¿Y qué quieres? Me disponía a hacer el trabajo por el que me pagan.

—Ha pasado algo.

Silencio. Hasta que Viriato se dio cuenta de que Eliza aguardaba una respuesta para continuar. Resopló.

—¿Qué ha sido eso que ha pasado, Eliza? No tengo tiempo para adivinanzas.

—Lo está comentando todo el mundo. Dicen que saldrá en las noticias dentro de nada.

—Querida Eliza, o me dices de una puñetera vez qué sucede o cuelgo.

Ser la chica para todo del dueño del periódico había hecho que aquella administrativa con ínfulas de abeja reina se creyese más de lo que en realidad era. Según los maledicentes, alguna mamada ocasional al jefe no era suficiente para que la pizpireta Eliza supiera cuál era su lugar. Por eso había que recordárselo y ponerla en su sitio de vez en cuando.

—Se trata de Velissi, Bern Velissi.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora a ese bastardo de vikinga y napolitano? Hace tiempo que no escribo nada de él ni de su porquería de restaurante. Cumpla las normas. Nadie podrá demostrar lo contrario... porque no ha sucedido.

—Ha muerto.

Nuevo silencio, en esa ocasión causado por la sorpresa. Y el terror.

Eliza no esperó a que dijera algo para continuar.

—Dicen que su cadáver estaba destrozado. El fotógrafo que enviamos lo ha descrito como «los despojos que quedan arrumbados en la pared tras limpiar el suelo de un matadero».

Viriato respiraba agitado. Nada más confiaba en que Eliza no pudiera advertirlo al otro lado de la línea.

—¿Cuándo pasó?

—No lo sé —Continuó con su crónica negra—. Oí que aquello estaba lleno de ratas y bichos. Y que olía...

—¿Cuándo, Eliza? ¿Cuándo?

—Hace días... Nuestro soplón en la oficina del forense dice que lo más probable es que fuese el lunes.

El lunes se había extinguido tres días atrás.

—¿Y por qué me llamas? ¿Solo para contarme eso? No es que fuera mi mejor amigo, ya lo sabéis. No tengo prisa alguna por enterarme de nada de lo que suceda a ese cerdo. Ni de su muerte siquiera. Ya lo leeré en los periódicos cuando vuelva.

—Violo quiere que vuelvas ya. Cree que ahora podrás escribir sobre él sin trabas legales. Y que precisamente por eso la gente estará como loca por leerte.

—¡Pero yo soy crítico gastronómico, no cronista de sucesos!

—Pero tu relación con él dará al artículo algo distinto a lo que cualquiera pudiera escribir o eso dice el jefe. Si quieres te lo paso y le explicas tú mismo tu opinión que, por lo que veo, difiere de la suya, la del hombre que te paga.

¡Maldita Eliza!

—No. Déjalo. Acabo lo que tengo aquí y mañana estaré de vuelta. Así al menos el viaje no habrá sido en vano. Resérvame el vuelo de regreso para mañana por la tarde. No, mejor a la noche... por favor.

—A sus órdenes, «mi general».

Iba a apretar ya el botón con el telefonito rojo en la pantalla cuando escuchó algo, un sonido a lo lejos. Partía del altavoz del móvil como las columnas de humo en los restos de un incendio: revelan su presencia, aunque a nadie le importe.

—¡Viri!

Odiaba aquel diminutivo. Se armó de paciencia y regresó el móvil a su oreja.

—¿Síiiiiii?

—¿Estabas tú todavía por aquí el lunes? —La voz de Eliza sonaba di-charachera, convencida de estar haciendo un chiste sin importar cuán des-afortunado fuera—. Sería gracioso que pensaran en ti como sospechoso. ¿A que sí?